

preocupacion en ningun sentido, ni en pró ni en contra. ¿Acaso no es noble Saint-Just? Anacarsis Cloots es baron; nuestro amigo Carlos Hesse, que no perdona una sesion de los Franciscanos, es príncipe y hermano del langrave reinante de Hesse-Rothemburgo, Montant; el íntimo de Marat es marqués.

—Os olvidais, añadió Robespierre, del presidente del Jurado revolucionario, Antonelle.

—Que es marqués de Antonelle, contestó Danton, prosiguiendo: Dampierre, que se hizo matar por la República en Condé, era noble, y tambien lo era Beau-repaire, que se suicidó por no abrir á los prusianos las puertas de Verdun.

—Lo que no se opone, exclamó Marat, á que el dia que Condorcet dijo: *Los Gracos eran nobles*, Danton contestase á Condorcet: *Todos los nobles son traidores, empezando por Mirabeau y acabando por tí.*

La voz grave de Cimourdain dominó á la de Marat, diciendo:

—Ciudadano Danton, ciudadano Robespierre, haceis bien en confiar, pero el pueblo desconfia y tiene tambien razon para abrigar desconfianza: cuando á un clérigo se le encarga que vigile á un noble, es doble su responsabilidad, y este clérigo debe ser inflexible.

—Ciertamente, contestó Robespierre.

—E inexorable, añadió Cimourdain.

—Muy bien dicho, ciudadano Cimourdain. Teneis que tratar con un jóven sobre el que ejerceréis ascendiente, porque le doblais la edad. Es preciso dirigirle, pero guardándole consideraciones, porque posee talento militar, como testifican los informes que están unánimes sobre esto. Forma parte de un cuerpo destacado del ejército del Rhin para ir á la Vendée. Vino de la frontera, en donde mostró admirable inteligencia y gran valor. Conduce superiormente la columna expedicionaria, y desde hace quince dias tiene en jaque al viejo marqués de Lantenac. Creo que acabará por hacerle retroceder hasta el mar y lanzarle en él. Lantenac posee la astucia del general viejo y él la audacia del capitan jóven. Se ha creado ya enemigos y envidiosos: uno de estos es el ayudante general Lechelle, que quiere ser él el que derrote á Lantenac. La desdicha de la guerra de la Vendée consiste en esas rivalidades. Nuestros soldados son héroes mal conducidos. Chambon, siempre capitan de húsares, entra en Saumur con un trompeta tocando el *Ça irá*, y toma á Saumur; podría avanzar y apoderarse de

Cholet, pero como no tiene órden para ello, no lo efectúa. Es preciso remover á todos los comandantes de la Vendée. Se desparraman los destacamentos, se dispersan las fuerzas, y el ejército disperso es un ejército paralizado; es un terron que se convierte en polvo. Solo hay ya tiendas en el campamento de Paramé. Tenemos entre Tregnier y Dinan cien puestos militares, pequeños é inútiles, con los que podría formarse una division que cubriese todo el litoral. Lechelle, apoyado por Pallein, desguarnea la costa del Norte, so pretexto de proteger la costa del Sur, y abre así á los ingleses las puertas de Francia. El plan de Lantenac consiste en la sublevacion de medio millon de paisanos y en el desembarque de tropas inglesas en nuestro pais. El jóven comandante de la columna expedicionaria estrecha cada vez más á Lantenac y quiere derrotarle sin permiso de Lechelle; pero Lechelle es su jefe y le denuncia. Los informes son contradictorios acerca de ese jóven. Lechelle pide que se le fusile, y Prieur del Marne propone que se le ascienda á ayudante general.

—Parece que ese comandante posea grandes cualidades, dijo Cimourdain.

—Tiene un defecto.

Esta interrupcion fué de Marat.

—¿Qué defecto?

—La clemencia, contestó Marat, y prosiguió: Es firme en el combate, pero despues no. Concede indultos, perdona, es misericordioso, protege á las beatas y á las monjas, salva á las mujeres y á las hijas de los aristócratas, dá libertad á los prisioneros y á los curas.

—Grave falta, replicó Cimourdain.

—No es falta, es crimen, repuso Marat.

—Algunas veces, objetó Danton.

—Muchas, replicó Robespierre.

—Casi siempre, insistió Marat.

—Cuando se trata de los enemigos de la patria, siempre, dijo Cimourdain.

Volviéndose Marat hácia éste, le preguntó:

—¿Qué harías tú, Cimourdain, con un jefe republicano que pusiera en libertad á un jefe realista?

—Seria de la opinion de Lechelle; le haria fusilar.

—O guillotinar, dijo Marat.

—A eleccion suya, contestó Cimourdain.

—Lo mismo dá una cosa que otra, exclamó Danton riendo.

—De modo que si un jefe republicano tropezase, le harías cortar la cabeza?

—En el término de veinticuatro horas.

—Pues bien, repuso Marat, soy del parecer de Robespierre; debemos enviar al ciudadano Cimourdain como comisario delegado del Comité de Salvacion pública cerca del comandante de la columna expedicionaria del ejército de las Costas. Cómo se llama ese comandante?

—Es un ex-noble, respondió Robespierre, y se puso á hojear el legajo de papeles.

—Hagamos, pues, que el ex-cura vigile al ex-noble, repuso Danton. Desconfio de ambos cuando están solos, pero cuando están juntos no les temo, porque se espian recíprocamente y van rectos ambos.

Al oír estas palabras se aumentó el fruncimiento natural de las cejas de Cimourdain, lo que probaba su indignacion; pero encontrando la observacion anterior justa en el fondo, sin volverse hácia Danton, dijo:

—Si el comandante republicano que estoy encargado de vigilar dá un mal paso, sufrirá la pena de muerte.

Robespierre terminó de examinar los papeles y tomó la palabra:

—Aquí teneis su nombre, ciudadano Cimourdain; dicho comandante es un ex-vizconde y se llama Gauvain.

Cimourdain palideció.

—Gauvain! exclamó.

A Marat le llamó la atencion la palidez de Cimourdain.

—El vizconde Gauvain! repitió éste.

—Sí, contestó Robespierre.

—Y qué? le preguntó Marat.

Hubo un momento de silencio.

—¿Aceptais la mision de comisario delegado cerca del comandante Gauvain, con las condiciones que vos mismo indicásteis? le interrogó Marat.

—La acepto, respondió Cimourdain, cuya palidez se aumentaba por grados.

Robespierre tomó la pluma que estaba inmediata á él y escribió con su letra tarda y correcta cuatro líneas en la hoja de papel marcada con el membrete *Comision de Salvacion pública*; firmó y pasó la hoja y la pluma á Danton, y Marat, que no apartaba la mirada de la faz lívida de Cimourdain, firmó el último.

Robespierre recogió el papel, le puso la fecha y se lo entregó á Cimourdain, que leyó lo que sigue:

“AÑO II DE LA REPÚBLICA.

„Se conceden plenos poderes al ciudadano Cimourdain, comisario delegado de la Comision de Salvacion pública, cerca

del ciudadano Gauvain, comandante de la columna expedicionaria del ejército de las Costas.

„ROBESPIERRE.—DANTON.—MARAT.,
Y debajo de las firmas: “28 de Junio de 1793.”

El calendario revolucionario, llamado calendario civil, no existia aun legalmente en aquella época; la Convencion lo aceptó, aprobando la proposicion de Romme el 5 de Octubre de 1793.

Mientras Cimourdain leia, Marat le miraba, diciendo éste entre dientes, como hablando consigo mismo:

—Será necesario que precise todo eso un decreto de la Convencion ó una órden de la Comision de Salvacion pública. Queda aun algo por hacer.

—Ciudadano Cimourdain, ¿dónde vivís? le preguntó Robespierre.

—En la plaza del Comercio.

—Pues yo tambien, contestó Danton; sois vecino mio.

Robespierre añadió:

—No hay un momento que perder. Mañana recibireis vuestro nombramiento en regla, firmado por todos los individuos de la Comision de Salvacion pública; esta hoja es una confirmacion de la comision que os acreditará especialmente á los ojos de los representantes en mision, Philippeaux, Prieur de la Marne, Lecomte, Alguier y los demás. Como os conocemos, os damos poderes ilimitados. Teneis facultades para ascender á general á Gauvain ó para enviarle al patíbulo. Mañana á las tres recibireis el nombramiento. Cuándo saldreis de Paris?

—A las cuatro, contestó Cimourdain.

Diciendo esto se separaron.

Marat, al entrar en su casa, previno á Simona Evrard que al dia siguiente iria á la Convencion.

LIBRO TERCERO

La Convencion.

I.

La Convencion.

II.

Nos acercamos á la gran cumbre, á la Convencion.

La mirada se queda fija en presencia de esa cúspide; nunca se presentó nada tan alto en el horizonte de la humanidad.

Hay un Himalaya y hay una Convencion; la Convencion es quizá el punto culminante de la historia.

Cuando vivia la Convencion, porque viven las Asambleas, nadie comprendia lo que era; su grandeza era precisamente lo que no podian comprender sus contemporáneos: para que ésta los deslumbrase estaban demasiado atemorizados. Todo lo que es grande inspira horror sagrado. Es fácil admirar las medianías y las colinas, pero lo que está á inmensa altura, sea génio ó sea montaña, asamblea ú obra magistral, visto de cerca espanta. Toda cima parece una exageracion: subir fatiga; el que sube se sofoca en los sitios escarpados, se escurre en las pendientes, se lastima en las asperezas, que esto no obstante son bellas; los torrentes espumosos le aumentan los precipicios, las nubes le ocultan las cimas; la ascension le aterroriza tanto como el peligro de la caida; por eso la admiracion es mucho menor que el espanto. Se experimenta el sentimiento extraño que puede llamarse aversion á lo grande. Se ven los abismos y no se ven las sublimidades; se vé el monstruo, pero no se vé el prodigio. Así fué juzgada al principio la Convencion: la miraron míopes y nació para que la contemplaran águilas.

En la actualidad la vemos en perspectiva y dibuja en el cielo profundo, en lontananza serena y trágica, el inmenso perfil de la Revolucion francesa.

II.

El 14 de Julio libertó, el 10 de Agosto fulminó y el 21 de Setiembre fundó. El 21 de Setiembre fué el equinoccio, el equilibrio, *Libra*, la balanza. La República, como observó Romme, se proclamó bajo este signo de la Igualdad y de la Justicia, y la anunció una constelacion.

La Convencion es el primer Avatar del pueblo; por ella se abrió la grande página nueva de la historia y en ella comenzó el porvenir, que hoy es presente.

Toda idea necesita envoltura visible; todo principio sitio donde desarrollarse. Una iglesia representa á Dios entre cuatro paredes, y todo dogma necesita un templo. Cuando nació la Convencion, el primer problema que tuvo que resolver fué el de su alojamiento.

Primero dispuso del Picadero y despues del palacio de las Tullerías. Se pusieron en el picadero bastidores, adornos, una

tribuna cuadrada y bancos simétricos; David pintó la sala de color gris; se levantaron pilastras, paralelas, zócalos parecidos á tajos de cocina, largas rodas rectilíneas, alvéolos rectangulares, donde se agolpaba la multitud y que se llamaban tribunas públicas; un *velarium* romano, paños griegos, y en aquellas líneas y en aquellos ángulos rectos se instaló la Convencion; en aquella geometría se metió la tempestad. El gorro frigio estaba pintado de gris en la tribuna. Los realistas empezaron por reirse del gorro rojo, que era gris; de aquella sala postiza, de aquel monumento de carton, de aquel santuario de papel machacado, de aquel panteon de cieno y de saliva; pero ¡qué pronto desapareció esa risa!... Las columnas se componian de duelas de toneles, las bóvedas eran de madera, los bajo-relieves de estuco, los entablamentos de pino, las estatuas de yeso, los mármoles pintados, las paredes de tela; pero en ese aposento provisional la Francia produjo lo eterno.

Las paredes de la sala del Picadero, cuando la Convencion se reunió en ella para celebrar sus primeras sesiones, estaban todas llenas de las inscripciones y carteles que habian pululado en Paris en la época de la vuelta de Varennes. Una decia: *El rey vuelve; apalea al que le aplauda y ahorca al que le insulte*. En otra se leia: *Silencio: no hay que quitarse los sombreros; vá á pasar por delante de sus jueces*. Decia otra inscripcion: *El rey, apuntando á la nacion, hizo fuego mucho tiempo contra ella; á la nacion le toca hacer fuego ahora*. Otra decia nada más: *La ley! La ley!*... Entre dichas cuatro paredes la Convencion juzgó á Luis XVI.

En las Tullerías, en donde se instaló la Convencion en 10 de Mayo de 1793, y que tomó el nombre de Palacio nacional, el salon de sesiones ocupaba todo el espacio que hay desde el pabellon del Reloj, llamado pabellon Unidad, hasta el pabellon Marsan, llamado pabellon Libertad. El de Flora tenia el nombre de pabellon Igualdad. Se subia al salon por la gran escalera de Juan Bullant. El primer piso lo ocupaba la Asamblea, y todo el piso bajo del palacio estaba convertido en una especie de salon de guardias, lleno de armeros y camastros para las tropas de todas armas que vigilaban alrededor de la Convencion. La Asamblea tenia una guardia de honor de "granaderos de la Convencion".

Una cinta tricolor separaba el palacio donde se reunia la Asamblea del

jardin por donde se paseaba el pueblo.

III.

Acabamos de describir lo que era el salon de sesiones, porque es interesante todo lo que se refiere á tan señalado sitio.

Lo que llamaba primero la atencion al entrar era una elevada estatua de la Libertad, situada entre dos espaciosas ventanas. Cuarenta y dos metros de longitud, diez de anchura y once de altura, eran las dimensiones de lo que fué teatro del rey y se convirtió en teatro de la revolucion. La elegante y magnífica sala construida por Vigarani para los cortesanos desapareció bajo el tosco maderámen que en 1793 debia soportar el peso del pueblo. Dicho maderámen, sobre el que se levantaban las tribunas públicas, tenia por único punto de apoyo un poste, poste de un solo trozo y que contaba diez metros de extension. Pocas cariátides han trabajado tanto como aquel poste; soportó la aclamacion, el entusiasmo, la injuria, el ruido, el tumulto, el inmenso caos de la cólera, el motin, sin doblegarse nunca. Despues de la Convencion sostuvo al Consejo de los Ancianos, hasta que le dió el relevo el 18 Brumario. Percier sustituyó entonces al pilar de madera por columnas de mármol, que duraron menos.

El ideal de los arquitectos es singular algunas veces. El arquitecto de la calle de Rivoli tuvo por ideal la línea trayectoria de una bala de cañon; el arquitecto Carlruhe se propuso por ideal un abanico; el ideal del arquitecto que construyó el salon de sesiones adonde se trasladó la Convencion el 10 de Mayo de 1793, parece haber sido un gigantesco cajon de cómoda, largo, alto y plano. A uno de los lados mayores del paralelogramo se adosaba un vasto semicírculo, que era el anfiteatro de los bancos de los representantes, sin mesas ni pupitres. Garan-Coulon, que escribia mucho, escribia sobre las rodillas. Enfrente de los bancos estaba la tribuna; delante de ésta el busto de Lepelletier-Saint-Fargeau, y detrás de la tribuna el sillón del presidente. La cabeza del busto sobresalia un poco del borde de la tribuna, por lo que más tarde le quitaron de aquel sitio.

El anfiteatro constaba de diez y nueve bancos semicirculares, colocados en otras tantas filas, con otros más pequeños, que se extendian hasta formar las dos puntas del semicírculo. Abajo, en el

hemicyclo del pié de tribuna, estaban los porteros.

A un lado de la tribuna, en un cuadro de madera negra aplicado á la pared, habia un cartel grande, de nueve piés de altura, en el que en dos columnas, separadas por una especie de cetro, se leia la declaracion de los *Derechos del hombre*. Al otro lado habia un sitio vacío, que más tarde lo llenó un cuadro parecido al otro, en el que se estampó la Constitucion del año II, cuyas dos columnas aparecian separadas por una espada. Por encima de la tribuna parlamentaria y de la cabeza del orador salian de una gran tribuna popular, llena de espectadores y dividida en dos compartimientos, tres inmensas banderas tricolores, que ondeaban apoyadas en un altar, sobre el que se leian estas dos palabras: LA LEY. Detrás del altar se levantaba, como centinela de la palabra libre, un enorme haz romano, tan alto como una columna. Estatuas colosales, adosadas á las paredes, daban frente á los representantes. El presidente tenia á Licurgo á su derecha y á su izquierda á Solon. Platon sobresalia por encima de la Montaña.

Estas estatuas tenian simples discós por pedestales, colocados sobre una larga cornisa saliente, que daba la vuelta al salon y separaba al pueblo de la Asamblea. Los espectadores apoyaban los codos en aquella cornisa.

El cuadro de madera negra, que contenia los *Derechos del hombre*, subia hasta la cornisa y tapaba un poco el dibujo del entablamento; esta interrupcion de la línea recta hacia murmurar á Chabot:

—Qué feo es eso! dirigiéndose á Vadier.

En las cabezas de las estatuas alternaban coronas de encina y de laurel. Una colgadura verde, que tenia pintadas de verde más oscuro las mismas coronas, descendia, formando grandes pliegues rectos, desde la cornisa que circundaba el salon hasta el piso. Por encima de ella se veia la pared blanca y fria, en la que se abrian, como formados por sacabocados, sin molduras ni follaje, dos órdenes de tribunas públicas, las que eran cuadradas bajo y las que eran redondas arriba, segun las reglas, porque no habia sido destronado aun Vitruvio; las archivoltas estaban superpuestas á los arquitrabes. Habia diez tribunas en cada uno de los lados mayores del salon y dos en cada uno de los extremos, am-

bas desmesuradas, sumando un total de veinticuatro. En ellas se agolpaba y se oprimía la muchedumbre.

Los espectadores de las tribunas inferiores rebasaban las cornisas y se agrupaban sobre todos los relieves de la arquitectura. Una barra larga de hierro, sólidamente asegurada á la altura conveniente, servía de parapeto á las tribunas altas y garantizaba á los espectadores de la presión de la multitud que subía por las escaleras.

Una vez, sin embargo, fué arrojado un hombre hasta la Asamblea y vino á caer casi sobre Massieu, obispo de Reauvais, y no muriendo del golpe, exclamó: —*Calla! Pues un obispo sirve de algo!*

La sala de la Convencion podía contener dos mil personas y en los días de insurrección tres mil.

La Convencion celebraba dos sesiones, una de día y otra de noche.

El respaldo del sillón presidencial era redondo con clavos dorados. Sostenían la mesa cuatro monstruos alados de un solo pié, que parecían que hubiesen salido del Apocalipsis para asistir á la Revolución, ó haber sido desenganchados del carro de Ezequiel para arrastrar la carreta de Sanson. Sobre la mesa del presidente descansaban: una campanilla, que casi se pudiera llamar campana; un tintero ancho de cobre y un libro en fólio encuadrado en pergamino, que era el libro de actas. Cabezas cortadas y clavadas en la punta de largas picas gotearon sangre sobre dicha mesa.

Subíase á la tribuna por una escalerilla de nueve escalones, que eran altos, rectos y bastante difíciles: tropezando en ellos al subirlos Gensodné un día, dijo: —*Esta es la escalera de la horca.*—Pues haz el aprendizaje, le contestó Carrier.

A la derecha é izquierda de la tribuna, sobre los zócalos, se levantaban dos candelabros de doce piés de altura, con cuatro pares de quinqués. En una de las tribunas públicas había un candelabro como los referidos; en los zócalos tenían círculos esculpidos, que el pueblo los bautizó con el nombre de "collares de guillotina".

Los bancos de la Asamblea subían casi hasta las cornisas de las tribunas; de modo que los representantes podían sostener diálogos con el pueblo. Los vomitorios de las tribunas desembocaban en un laberinto de corredores, donde se oían á veces ruidos feroces.

La Convencion llenaba el palacio y fluía hasta los hoteles inmediatos, como

el de Longueville y el de Coigny. A este último, según dice una carta de lord Bradford, después del 10 de Agosto se trasladaron los muebles de la Casa Real. Invirtieron dos meses en vaciar las Tullerías.

Los comités se reunían en las salas inmediatas al salón de sesiones, en el pabellón Igualdad, el de Legislación, Agricultura y Comercio; en el pabellón Libertad funcionaban el de Marina, el de Colonias, el de Hacienda, el de Asignados y el de Salvación pública, y en el pabellón Unidad, el de Guerra.

El Comité de Seguridad general se comunicaba directamente con el de Salvación pública por un corredor, que un reverbero alumbraba noche y día, corredor en el que se hablaba en voz muy baja y por el que iban y venían los espías de todos los partidos.

La barra de la Convencion, que cambió muchas veces de sitio, estaba habitualmente á la derecha de la presidencia.

A los dos extremos del salón los dos tabiques verticales, que cerraban á derecha é izquierda los semicírculos concéntricos del anfiteatro, dejaban entre ellos y la pared dos corredores estrechos y largos, en los que se abrían dos puertas cuadradas y oscuras; por ellas se entraba y se salía.

Los representantes entraban directamente en el salón por una puerta que daba al terraplén de los Fuldenses.

El salón, al que de día daban poca luz las ventanas y que estaba oscuro durante el crepúsculo, ofrecía un no sé qué de aspecto nocturno; su semicircularidad, uniéndose á las tinieblas de la noche, hacía lúgubres las sesiones celebradas á la luz de las lámparas. No se veía claro de un extremo de salón al otro. Los representantes se encontraban muchas veces y no se conocían. Un día Laignelot, al correr hácia la tribuna, tropezó en el corredor descendente con un representante.—Dispénsame, Robespierre, le dijo.—Por quién me tomas? le preguntó una voz ronca.—Dispénsame, Marat, repuso entonces Laignelot reconociéndole.

Bajo, á derecha é izquierda del presidente, había dos tribunas reservadas, porque, cosa extraña, había en la Convencion espectadores privilegiados; dichas tribunas eran las únicas que tenían colgaduras, y en medio del arquitrabe dos bellotas de oro las sostenían levantadas.

El conjunto del salón era violento,

rudo, pero regular. Lo correcto en lo feroz es en cierto modo la revolución; el salón ofrecía el más completo ejemplar de lo que los artistas han llamado después "la arquitectura Mesidor". Era macizo y esquinado á la vez. Los constructores de aquel tiempo tomaban por bello lo simétrico. La época del Renacimiento produjo sus últimas obras en tiempo de Luis XV y desde entonces había sobrevenido una reacción. Pasadas las orgías deslumbradoras de forma y de color del siglo diez y ocho, el arte se puso á dieta y no se permitía más que la línea recta. Este género de progreso conduce á la fealdad, produciendo el fenómeno de reducir el arte á esqueleto; este es el inconveniente de esa clase de prudencia y de abstinencia; el estilo es tan sóbrio, que se convierte en enjuto.

Si prescindimos de la emoción política y no nos fijamos más que en la arquitectura, la vista de aquel salón producía escalofríos, al recordar confusamente el antiguo teatro, con los palcos adornados de guirnaldas, con el techo de azul y púrpura, con la grande araña de facetas, con las girándulas de reflejos diamantinos, con la tapicería, con la profusión de amores y de ninfas en el telón de boca y en las colgaduras, con todo el idilio régio y galante que llenó con su sonrisa aquel sitio, á la sazón tan severo, en el que por todas partes se veían ángulos duros, rectilíneos fríos y cortantes como el acero, que producían en cierto modo el efecto de Boucher guillotinado por David.

IV.

El que se fijaba en la Asamblea no pensaba ya en el salón; el que veía el drama no podía pensar en el teatro. Nada más deforme ni más sublime: grupo de héroes, rebaño de cobardes, fieras en una montaña, reptiles en un pantano, hormigueaban, se provocaban allí, se codeaban, se amenazaban, luchaban y vivían todos aquellos combatientes que hoy ya son fantasmas.

A la derecha de la sala estaba la Gironda, que la componía una legión de pensadores; á la izquierda la Montaña, que era un grupo de atletas. A un lado Brissot, que recibió las llaves de la Bastilla; Barbaroux, al que obedecían los marseleses; Kervelagan, que tenía en su favor el batallón de Brest, acuartelado en el arrabal de San Marcelo; Gensonné, que estableció la supremacía de los re-

presentantes sobre los generales; el fatal Guadet, á quien una noche en las Tullerías la reina enseñó el delfín dormido, y besó la frente del hijo é hizo caer la cabeza del padre; Salles, el denunciador quimérico de las intimidaciones de la Montaña con Austria; Sillery, el cojo de la derecha, como Conthon era el jorobado de la izquierda; Lause-Duperret, á quien un periodista trató de *malvado*, y le convidó á comer diciéndole: *Ya sé que malvado quiere decir sencillamente hombre que no piensa como nosotros*; Rabaut-Saint-Etienne, que empezó un almanaque de 1790 por estas palabras: *La Revolución ha concluido*; Quinette, uno de los que precipitaron á Luis XVI; el jansenista Camus, que redactaba la Constitución civil del clero, creía en los milagros del diácono París y se arrodillaba todas las noches delante de un Cristo de siete piés de altura, colgado en la pared de su cuarto; Fauchet, clérigo, que con Camilo Desmoulins produjo el 14 de Julio; Isnard, que cometió el crimen de decir: *París será destruido*, en el mismo momento en que Brunswick decía: *París será quemado*; Jacobo Dupont, que fué el primero que gritó: *Yo soy ateo*, y á quien Robespierre respondió: *El ateísmo es aristocrático*; Lujainais, cabeza bretona, dura, sagaz y valiente; Ducos, el Ensialo de Boyer-Fronde; Rebecqui, el Pilades de Barbaroux y que dimitió su cargo porque todavía no se había guillotinado á Robespierre; Richaud, que combatía la permanencia de las secciones; Lasource, que sentó este mortífero apotegma: *¡Ay de las naciones agradecidas!* y que al pié del cadalso debía contradecirse, arrojando á los montañeses estas frases: *Nosotros moriremos porque el pueblo duerme, y vosotros morireis porque el pueblo despertará*; Bironneau, que hizo decretar la abolición de la inviolabilidad parlamentaria, siendo de este modo, sin saberlo, el constructor de la cuchilla y el que se preparó á sí mismo el cadalso; Carlos Villette, que abrigó su conciencia con esta protesta: *No quiero votar bajo la amenaza de los puñales*; Louvet, autor de *El Baroncito de Foubas*, y que acabó por ser librero del Palais-Royal y por poner en el mostrador á Lodoiska; Mercier, autor del *Cuadro de París*, que exclamaba: *Todos los reyes han sentido en las nuca el golpe del 21 de Enero*; Marec, que se preocupaba con "la facción de los antiguos límites"; el periodista Carra, que al pié del cadalso dijo al verdugo: *Solo siento morir por no ver la continuación de esto*; Vigée, que se

llamaba granadero del segundo batallón de Mayenne-et-Loire, y que amenazado por las tribunas públicas, gritó: *Pido que al primer murmullo de las tribunas nos retiremos todos y marchemos á Versalles, sable en mano*; Buzot, que estaba destinado á morir de hambre; Valazé, que debía morir del golpe de su propio puñal; Condorcet, que debía perecer en Bourgl-Reine, pueblo que entonces se llamó Bourg-Igualdad, denunciado por el Horacio que llevaba en el bolsillo; Petion, á quien adoró la muchedumbre en 1792 y devoraron los lobos en 1794; y otros veinte más como Pontecoulant, Marboz, Lidon, Saint-Martin, Dussaux, traductor de Juvenal, que hizo la campaña de Hannover; Boilleaud, Bertrand, Lesterp-Beauvais, Lesage, Gomaire, Gardien, Mainville, Duplantier, Lacaze, Antiboul, teniendo al frente de todos ellos un Barnave, que se llamaba Vergniaud.

Al otro lado estaban Antonio Luis Leon Horelle de Saint-Just, pálido, de frente estrecha, de perfil correcto, de mirada misteriosa, de tristeza profunda, de veintitres años; Merlin de Donai, el culpable autor de la ley de sospechosos; Merlin de Thionville, al que los alemanes llamaban Feuer-Teufel, el "Diablo de fuego"; Soubrany, á quien el pueblo de Paris hizo nombrar general en el primer prairial; el antiguo cura Lebon, que empuñaba el sable con la mano que habia manejado el hisopo; Billaud-Varennes, que entreveía la magistratura del porvenir con árbitros en vez de jueces; Fabre d' Eglantine, que consiguió una bella invencion, la del calendario republicano, así como Rouget de L' Isle tuvo la sublime inspiracion de la Marsellesa; Manuel, el procurador del Municipio, que dijo: *Un rey muerto no es un hombre menos*; Goujon, que consiguió entrar en Tripstad, en Newstad y en Spira y ver huir al ejército prusiano; Lacroix, que de abogado se convirtió en general, y fué nombrado caballero de San Luis seis dias antes del 10 de Agosto; Freron-Thersite, hijo de Freron-Zoile; Buhl, inexorable registrador del armario de hierro, predestinado al gran suicidio republicano, pues debía matarse el día en que muriese la República; Fouché, alma de demonio con cara de cadáver; Camboulas, el amigo del padre Duchêne, que decia á Guillotin: *Tú perteneces al club de los Fuldenses, pero tu hija al club de los Jacobinos*; Jagot, que respondia con estas palabras feroces á los que se lamentaban de la desnudez

de los presos: *La cárcel es un vestido de piedra*; Javogues, el espantoso desenterrador de los cadáveres del régio panteon de Saint-Denis; Osselin, perseguidor que ocultó en su casa á la proscripita madame Charry; Bentabole, que cuando presidia hacia á las tribunas señal de aplaudir ó de silbar; el periodista Robert, marido de la señorita Keraclio, la cual escribia: *Ni Robespierre ni Marat vienen á mi casa; Robespierre vendrá cuando quiera, pero Marat nunca*; Garancoulon, que cuando España intervino en el proceso de Luis XVI propuso orgulosamente que la Asamblea no se dignara leer la carta de un rey en favor de otro rey; Gregoire, obispo, digno al principio de la Iglesia primitiva, pero más tarde, en la época del Imperio, cambió el título del republicano Gregoire por el de conde Gregoire; Anar, que decia: *Todo el mundo condena á Luis XVI; ¿á quién, pues, podría apelarse de la sentencia? Solo á los planetas*; Rouyer, que el 21 de Enero se opuso á que disparasen el cañon del Puente Nuevo, diciendo: *La cabeza de un rey no debe hacer más ruido al caer que la de cualquier otro hombre*; Chénier, hermano del célebre poeta Andrés; Vadier, uno de los representantes que dejaba una pistola sobre la tribuna al subir á ella; Tanis, que decia á Momoro: "Quiero que Marat y Robespierre se abracen en mi casa y en mi mesa."—"¿Dónde vives? le preguntó Momoro.—En Charenton.—Me admiraria que vivieras en cualquier otra parte," le contestaba Momoro. Legendre, que fué el carnicero de la Revolucion de Francia, como Pride lo fué de la de Inglaterra; *Ven y te degollaré*, le decia á Lanjuinais, y éste le respondia: *Haz primero decretar que soy buey*; Collot d' Herbois, el lúgubre comediante que llevaba sobre la cara la antigua máscara de dos bocas para decir *sí* y *no*, aprobando una lo que reprochaba la otra, condenando á Carrier en Nantes y deificando á Chalier en Lyon, enviando á Marat al Panteon y á Robespierre al cadalso; Genissieux, que pedia que se aplicase la pena de muerte á todo el que llevara la medalla de *Luis XVI martirizado*; Leonard Bourdon, el maestro de escuela que ofreció su casa al anciano del Monte-Jura; Toppen, marino; Goupilleau, abogado; Laurent-Lecointre, comerciante; Duhem, médico; Sergent, estatuario; David, pintor; José Igualdad, príncipe, y estos otros: Lecointre-Puirareu, que propuso un decreto para declarar á Marat "en

estado de demencia"; Robert Lindet el bullicioso, creador del pólipa, cuya cabeza era la Comision de Seguridad general, y cuyos veintiun mil brazos cubrian la Francia bajo el nombre de Comisiones revolucionarias; Lebeuf, acerca del cual Girey-Dupré, en su *Natividad de los falsos patriotas*, escribió este verso:

Mugió Lebeuf en cuanto vió á Legendre;

Thomás Paine, americano; Anacharsis Cloots, alemán, baron, millonario, ateo, hebertista; el íntegro Lebas, amigo de los Duplay; Rovère, uno de los pocos hombres que son malvados solo por serlo; Charlier, que queria que se hablase de *vos* á los aristócratas; Tallien, elegiaco y feroz, que debía promover más tarde el 9 Thermidor; Cambaceres, procurador destinado á ser príncipe; Carrier, procurador, que debía llegar á ser tigre; Laplanche, que gritó un día: *Pido prioridad para el cañon de alarma*; Thuviot, que queria que votasen en voz alta los jurados del Tribunal revolucionario; Bourdon de l' Oise, que provocó á duelo á Chambon, que denunció á Paine y que á su vez fué denunciado por Hébert; Fayan, que proponia que se enviase "un ejército incendiario," á la Vendée; Tavaux, que fué el 13 de Abril casi un mediador entre la Gironda y la Montaña; Vernier, que pedia que los jefes girondinos y los jefes montañeses fuesen al servicio militar como soldados rasos; Bawbell, que se encerró en Maguncia; Bourbotte, á quien mataron el caballo que montaba en la toma de Saumur; Guinbertean, que dirigió el ejército de las costas de Cheburgo; Jard-Panvilliers, que dirigió el ejército de las costas de la Rochelle; Lecarpentier, que mandó la escuadra de Cancale; Roberjot, que esperaba el engaño de Rastadt; Prier de la Marne, que llevaba á los campos de batalla sus viejas caponas de comandante de escuadron; Levasseur de la Sarthe, que con pocas palabras decidió á Serrent, comandante del batallón de Saint-Amand, á hacerse matar, y Roverchon, Maure, Bernardo de Saintes, Carlos Rochar, Lequinio, y á la cabeza de este grupo un Mirabeau, que se llamaba Danton.

No perteneciendo exclusivamente á ninguno de esos partidos, pero infundiendo respeto á uno y á otro, se erguía un hombre: Robespierre.

En bancos inferiores se encorbaba de

espanto, que puede ser noble, y de miedo, que es ruin, bullendo la oscura multitud de los hombres anónimos. El fondo inferior de la Asamblea se llamaba la Llanura. Allí estaba todo lo fluctuante; los que dudan, los que vacilan, los que retroceden, los que aplazan, temerosos unos de otros. La Montaña se componia de gente selecta. La Gironda también; la Llanura de la muchedumbre; esta llanura se resumia y se condensaba en Sieyes.

Sieyes, hombre profundo que llegó á ser hueco, se detuvo en el tercer estado, sin haber podido subir hasta el pueblo. Ciertos talentos han nacido para quedarse á la mitad del camino. Sieyes llamaba tigre á Robespierre y éste le llamaba á él topo; era un metafísico que habia ido á parar, no á la sabiduría, sino á la prudencia; era un cortesano, no un servidor de la revolucion. Tomaba una pala é iba con el pueblo á trabajar al Campo de Marte, llevando el carreton con Alejandro Beauharnais; aconsejaba la energía y él carecia de ella. Decia á los girondinos: *Poned los cañones de vuestra parte*. Hay pensadores que son batalladores al mismo tiempo; éstos, como Condorcet, estaban con Vergniaud, ó como Camilo Desmoulins, que estaba con Danton; hay pensadores que solo tratan de vivir, y éstos estaban con Sieyes.

Las cunas del mejor vino tienen heces; debajo de la Llanura estaba el Pantano, estanque asqueroso, en el que se traspantaba el egoismo y en el que tiritaban las esperanzas mudas de los temblones, todos los oprobios y ninguna vergüenza, la cólera latente, la rebelion bajo la máscara de la servidumbre. Cínicamente asustados los pantanistas, tenían todas las clases de valor de la cobardía; preferian la Gironda y votaban con la Montaña; el desenlace dependia de ellos, y se inclinaban al lado de la causa que creían que iba á triunfar; entregaron Luis XV á Vergniaud, Vergniaud á Danton, Danton á Robespierre y Robespierre á Tallien; anatematizaron á Marat vivo y divinizaron á Marat muerto. Todo lo sostenian hasta el momento oportuno de derribarlo todo; poseían el instinto de dar el golpe decisivo á todo lo que vacilaba. Como servian una causa con la condicion de que fuese sólida, si la veían fluctuar creían que les hacia traicion. Constituian el número, la fuerza y el miedo, y por eso tenían la audacia de las infamias. Por eso se